

Juan Amancio Rodríguez García

CIRUELAS CON QUESO

No le gustaban los actos sociales. Consideraba un gran detalle por su parte haber asistido a su propia boda acompañándola para que se casaran, y creía que después de aquel gran esfuerzo ya todo le sería perdonado y le dejarían descansar en paz. Sin embargo, tras el nacimiento de la niña (sin contar que de vez en cuando, sin que nadie se lo hubiera pedido, la suegra aparecía por casa *para ayudar*, cuando no hacía falta ninguna ayuda), era obligatorio ir al pueblo a casa de los suegros una vez a la semana. Intentaba entonces separar su alma de su cuerpo, pero el matamoscas de plástico sobre la mesa-camilla incluso en invierno, el olor a naftalina y los asientos de cuero del conde Drácula le ataban a este mundo.

Pero había algo allí, en aquella casa estilo Hermanas Izquierdo que le atraía: una luz, al atardecer, sobre los jarrones con rosas frescas y a veces secas y todavía olorosas y sobre la mecedora de la abuela y los brazos arrugados de ella cuando se mecía y adormecía, una luz que venía sin que nadie se lo hubiera pedido y se reflejaba en el patio y entraba ya mortecina con un rojizo pálido sobrecogedor. Cuando todos hablaban en el salón, salía disimuladamente y se quedaba en la puerta observando el comedor y tomando notas o haciendo un esbozo. Ya habían salido de allí tres cuadros al óleo que Antonio López consideraba magníficos: Las manos de la abuela dormidas en el reposabrazos de la mecedora, otro con el polvo en suspensión volviendo a su lugar después de

ser agitado al atizar una mosca con el paño de cocina, y un tercer cuadro con la habitación completamente vacía, con las paredes encaladas frescas y húmedas, una vieja mesa de cocina matancera con un plato pequeño de cristal rallado que contenía la cena de la abuela: una porción de queso de oveja puro, blanco, con dos ciruelas pasas negras y arrugadas encima.

Pero eso sería el domingo, y ahora no sólo era sábado sino sábado por la noche. Cada vez le gustaba menos ese ambiente. Juntarse en el bar con los *amigos* para hablar del trabajo y del Euribor y criticar a los que tienen mejor trabajo y ganan más dinero y luego un buen rato a los políticos, volver al asunto de si Torquemada fue exhumado por los franceses o fue en la 2ª República, entretanto intercalar con rechifla alguna historia de faldas de la hija o la prima de alguien que conocemos de vista, y los niños en los carritos comiendo gusanitos y piruletas y berreando de vez en cuando, y la música cada sábado un poco más alta. Al menos trabajaba al aire libre. Conducía el trenecito turístico rodeando toda la muralla dieciséis veces al día a veinte por hora oyendo los gritos de los turistas y los días de fútbol disfrazado de mascota para el equipo local, que llevaba tantos años sin ascender a segunda división que ya casi nadie lo recordaba. Y los domingos a casa de los suegros para divertirse un rato con el matamoscas cuya cabeza había sido remendada por la suegra atándola con hilo gordo al mango, porque es *muy mañosa*, tanto que olvidaba quitar las alas

secas que quedaban incrustadas entre la rejilla.

—¿Vosotros todavía no le dejáis comer gusanitos?

—¿Qué?

—Qué te pasa, hombre, estás ausente.

—Perdona.

—Mucho estrés con la velocidad del trenecito, ¿no? Que si no le dais gusanitos al niño.

—Ni se los daremos nunca.

—Di que sí, los vicios que se los paguen ellos cuando puedan. Mis primeros gusanitos me los compré a los diecinueve años con el primer sueldo de camarero en verano.

—Ya.

Y después a casa. E incluso odiaba su propio hogar, una ultramoderna casa sin alma en la que nunca se oía el viento cuando soplaba fuerte del este, ni la lluvia cuando golpeaba en las ventanas de doble aislamiento, nunca se pasaba frío en invierno ni calor en verano, ni se oían los ruidos de la calle ni los pájaros en primavera ni en las mañanas silenciosas de invierno, como si vivieran envasados al vacío. Se ahogaba. Necesitaba respirar, oler el campo y el pelo de otra mujer, quizás, o matar un animal en el bosque. A veces iba al parque y se quedaba mirando tras las gafas de sol el vuelo de las melenas y las faldas o de las chaquetas sobre los pantalones vaqueros.

Había que tener cuidado con aquello. Un día, después de haber pintado algo que no era cien por cien estiércol, estaba contento y llamó a Antonio López, que le invitó a comer en su casa de Madrid para dentro de unos días. Entonces estaba todavía mucho más contento, a pesar de que tenía que visitar en el hospital a un familiar de su mujer que estaba recién operado de hernia. Su sonrisa era tan amplia que no cabía nadie más que él en el ascensor. Iba a cerrarse ya la puerta, cuando entró una mujer madura alta y jamona.

—Usted no viene a que le receten vitaminas.

—¿Perdone?

—Que usted no viene a que le receten vitaminas.

La mujer aún le miró un instante y luego volvió a mirar los números del ascensor. Estaban bien ordenados, del uno al cinco y del cinco al uno. Luego los revisó él. No faltaba ninguno. Schindler, ingeniería alemana. Estuvo a punto de decir lo de la película. Pero sublimó esta situación en arte: por la tarde esbozó un cuadro en que una mujer semidesnuda bajaba en el ascensor huyendo del quirófano con la vía colgando del brazo izquierdo y los tubos aún en la garganta. A mitad de la noche se levantó y lo rompió. Estuvo a punto de tirarlo en el cubo para reciclar, pero al final lo tiró a la basura. ¿Qué le pasaba ahora con las mujeres? ¿No habíamos dejado bien claro hacía ya tiempo que la vanidad era algo despreciable para cualquier ser humano y más aún para un gusano aspirante a artista? Creía haber conseguido liberarse de ella. En la universidad, cuando le decían en la cama que tenía cara de niño, le encantaba preguntar “pero niño guapo o niño feo” y una chica una noche le respondió “niño al que le huelen un poco los pies” y aquella se convirtió en su mujer, porque tenía una sonrisa tan bonita y sincera que brillaba en la oscuridad de la habitación de un putrefacto piso de estudiantes. Aquella vanidad había pervivido aún un tiempo en el matrimonio regocijándose cuando su mujer le decía de vez en cuando lo guapo que era. Hasta que nació la niña y se acabó la vanidad, desapareció sin dejar ni siquiera el recuerdo, y cuando a los dos meses consiguió un segundo trabajo como mascota del equipo de fútbol, también creyó que desaparecía la posibilidad de la resurrección de la vanidad: allí oculto debajo del disfraz de vaca rosa y blanca sonriente, allí dentro, solo, sin que nadie pudiera verle la cara, sentía que dejaba de ser un individuo y se diluía en la corriente del universo moviéndose y contorsionándose con absoluta libertad como un astronauta flotando en el espacio. Muy bien: ¿Y por qué ahora tenía que recordarla? Alto y fuerte de espaldas y hombros anchos y piernas largas y esbeltas, y pelo espeso y levantado, un cuerpo

del que había conseguido olvidarse durante mucho tiempo y ahora volvía a recordar. Ya estaba visto lo de cortarse una oreja. ¿Qué podía hacer?

2

El domingo por la tarde había partido de alevines por las fiestas de Santa Teresa. Vestido con el disfraz de vaca, salvo la cabeza que sujetaba bajo el brazo como un balón de rugby, fumando, pensaba apoyado contra la pared de la puerta trasera del estadio, con las piernas cruzadas. Se pensaba mejor así, en cualquier descuido, que en casa, sentado, adrede. Y se pensaba mejor vestido de vaca.

Se veía a sí mismo haciéndose viejo por dentro. Su turrón preferido empezaba a ser el duro más que el blando, reservaba bien envuelto medio caramelo de menta para luego, también había empezado en broma a llamar a las noticias de la televisión “el parte”, y ahora ya lo decía con un profundo respeto a no sabía exactamente qué, también empezaba a decir suspirando después de comer “pues ya hemos comido” e incluso se le llegó a pasar por la cabeza coger a la mujer y a la niña y llevarles un día al museo de cera. Se estaba haciendo tan viejo por dentro que a veces pensaba en su mujer como si ella hubiera muerto ya y él la recordara con cariño, las zapatillas y el camisón desordenados en la cama, la música de Tchaikovsky por toda la casa los sábados por la mañana, y luego se encontraba con ella en el pasillo y le llegaba incluso a resultar un estorbo para sus recuerdos. Pero lo peor de todo era que estaba traicionando algo que creía tener asimilado para el resto de su vida: no pensar ni actuar, sino dejarse pensar y dejarse actuar, como Hesíodo con las Musas. No hablar, sino escuchar. Se le pasaban por la cabeza pensamientos sepultados, y él quería controlarlos y dominarlos. Varias veces se había parado junto a un paso de cebra sin necesidad de cruzar, pensativo, haciendo parar a los coches, síntoma también de su incipiente vejez.

—Bueno, bueno, déjanos un poco de trabajo a los demás. De lunes a sábado con el tren y luego cuando hay partido, con el disfraz. Oye, tú no tienes domingo.

—Pero entonces tampoco tengo lunes.

—Eso es verdad.

—Y lo demás también.

El conocido no supo qué contestar. Se hizo un silencio incómodo como un lago inmóvil en el que no se sabe dónde tirar el anzuelo.

—Oye, me voy, al jefe no le gusta que me vean medio vestido con el disfraz. O vaca o persona, me tiene dicho, pero no un fauno.

—¿Un qué?

Entró en el estadio con la cabeza de vaca puesta y se recostó en la pared mientras los chavales terminaban de calentar. Pasó el vendedor de la Once. Hacía ya tiempo que no jugaba a la lotería, y antes ya había dejado de decir, cuando compraba un décimo por Navidad y le preguntaban qué número quería, “es igual, uno que tenga premio”, y también había dejado de hacerle gracia, cuando hablaban todos los amigos juntos, que si cogías un avión a Canarias y te quedabas allí para siempre vivías una hora más. También le repugnaban las personas que decían “cero grados, ni frío ni calor”, o “frío no, lo siguiente”, o “pues va a ser que no”, o “un poquito de por favor”. Le gustaría encontrarse con alguien que dijera todo eso en menos de treinta segundos y después pegarle y pegarle y salir corriendo o volando, si esto sucedía dentro de un sueño. Pero, ¿por qué? ¿Por qué no podía dejar a la gente en paz? ¿Por qué no podía dejar que los demás dijeran e hicieran lo que les saliera de los cojones? A todo el mundo le habían pegado de pequeño. ¿Le habrían pegado a él sus padres un poco más de la cuenta o un poco menos?

Seguía pensando todavía cuando empezó el partido y sin darse cuenta se quedaba parado. El equipo perdía desde la primera jugada y los padres insultaban al árbitro. En la segunda par-



te empataron y después se pusieron por delante y entonces alguien se fijó en que la vaca no había animado nada al equipo deambulando por la banda lateral cabizbaja durante todo el partido. Recibió un golpe en la cara. No sabía qué era ni quién lo había tirado. Dio un corte de manga y los padres y los niños empezaron a insultarle y gritarle que a la salida le iban a dar de hostias.

—¡Sin vergüenza, hijo de puta, habrase visto, hacerle eso a los niños, que no son más que unos niños!

Siguió el protocolo de escaqueo laboral que le había funcionado en otras ocasiones en que el equipo perdía y nadie echaba de menos al animador. Se deslizó por la puerta trasera en cuanto hubo una falta y todos insultaban al árbitro. Se cambió fuera para que el cotilla del conserje no le viera volver al vestuario antes de tiempo. En la oscuridad del aparcamiento, escondido entre dos coches, se quitó rápidamente el traje. Para evitar las preguntas de su mujer, y sobre todo para no llevarse nada del trabajo a casa, lo escondió vuelto del revés y hecho una bola en el rincón más oscuro, detrás de unas zarzas junto al arroyo. Cuando terminó el partido, él ya trabajaba en el local que tenía alquilado, una vieja carpintería de aluminio. El aparcamiento quedó varias horas desierto. Un gato que deambulaba por allí salió corriendo cuando llegaron los primeros coches llenos de alcohol y drogas, las cuales no mitigaron completamente el sentido del pudor de dos jóvenes que tuvieron ganas de mear una hora después, y tampoco impidieron que reconocieran el sonido peculiar que hacía el chorro al caer al suelo. Debería haber sido un sonido suave, el de la hierba cuando recibe una meada, y sin embargo era hueco y podía oírse por encima de la música de fondo que llegaba de los coches tuneados. Alumbraron con el móvil.

—¡Eh, mirad!

A lo largo de toda la noche grabaron a la Vaca Rosa y luego elaboraron y colgaron en in-

ternet un vídeo con banda sonora que al día siguiente se hizo muy famoso. Leía un periódico, con gafas y un bastón de la abuela de uno de ellos, caminando pedantemente por la plaza del Mercado Chico, meaba con mucho remilgo en la puerta del Ayuntamiento, bailaba con sobriedad en la plataforma de una discoteca con las gogós, y debajo de una farola empujaba a una de las prostitutas negras del puente romano. Finalmente, en la misma farola, volvía a leer el periódico recostado como un inglés.

Al día siguiente, lunes de fiesta, por la tarde, después de trabajar un rato en el estudio, volvió por inercia al estadio para el partido amistoso de los profesionales contra los veteranos. Como no encontró el disfraz, mientras pensaba en una buena excusa en la que aparecieran su mujer y algún problema con la lavadora, fue al almacén a buscar el viejo disfraz descolorido, cuando le llamó el conserje:

—Eh, tú, ven aquí.

—¿Todavía no te has enterado de que tengo nombre?

—Es que es muy largo.

—Dilo más rápido.

—Pues esto te lo voy a decir despacio: Ya no trabajas aquí. Y de parte del entrenador, que está ocupado, que sepas que la vaca *representa* al equipo y el equipo *representa* a la ciudad, cuyo nombre completo es Ávila de los Caballeros.

—El problema es que Ávila y sus caballeros es muy pequeña.

—¿Y?

—Pues que si fuera más grande te gustaría metértela por el culo.

—Hijo de...

Pero no pudo cogerlo. Gracias a la vanidad estaba en forma y corría como un veinteañero vanidoso. Cuando paró se dio cuenta de que echaba de menos su otro trabajo como conductor. Tuvo miedo de no hacer algo bueno por la sociedad. No lo hacía tan mal. Era el único que gastaba

alguna broma a los turistas. A veces, en la cuesta recta de la ronda, dejaba el volante recto y caminaba junto a la locomotora quitándose el sombrero dando los buenos días, mientras el trenecito traqueteaba por los adoquines a paso de burra, o hacía como si atara una cuerda y tirara para que subiera un poco más rápido. A los japoneses les hacía gracia. Pero si había algún israelí había que tener cuidado con no salirse del guión.

3

Se acostó con sueño. Y durmió bien. Se levantó nuevo. Desayunó. Tenía ganas de que llegara la noche y se volvieran a juntar los amigos el último día de fiesta, con las cervezas de trigo y la carne a la brasa. Hacía tiempo que pensaba que un amigo verdadero no es alguien con quien se tiene confianza para hablar de las cosas más íntimas, sino con quien no es necesario hablar nada, y que precisamente por eso, para no hablar nada, no tenía sentido tener amigos verdaderos. Y así, dejó años atrás de tener amigos de verdad. Los había sustituido, poco a poco por nuevas amistades menos íntimas que encontraban él y su mujer en el día a día y que, en realidad, no era más que un contrato de supervivencia, una cuestión de comodidad e incomodidad a partes iguales, de rutina y búsqueda premeditada de algo superficial. Aquello superficial, la amistad convencional, daba calor, pero no quemaba, y tenía además la ventaja de que uno podía sentirse solo a pesar de estar rodeado de gente, y eso no sucedía cuando la amistad era verdadera. Eso es: la amistad era incómoda y requería un esfuerzo, la compañía era agradable y llevadera; y cuando se volvía incómoda, las mentiras para no quedar eran fáciles de interpretar por teléfono. Era curioso, porque al final era al revés de cómo uno lo había supuesto. Cuando uno comprende de verdad que no es eterno, prefiere pasar los pocos días que nos quedan en este mundo en soledad, acompañado de vez en cuando, y por eso la amistad era un

estorbo. Y quizás también la hermandad, la maternidad e incluso la filiación. Y ahí estaban, recién levantados, mujer e hija.

—Me voy a ver a la abuela.

—Bien. He estado con mi prima.

—Y cómo lleva el divorcio.

—No me gusta, sigue demasiado preocupada con gustar a los hombres después de todos los desprecios que le hizo el sinvergüenza. No te escucha, está siempre mirándose en el espejo de la pantalla del móvil, en las puertas del autobús, en el ascensor. Y no está mal, pero tampoco es ninguna belleza.

—Precisamente por eso mismo. Si fuera una belleza no necesitaría mirarse tanto.

—Y luego he estado con mi prima Neli.

—¿Qué tal lleva el embarazo?

—Bien, pero han discutido por el nombre de la niña.

—¿Por qué, cómo se llama?

—Oye, estás demasiado sarcástico. Pero con un poco de mala idea. ¿Por qué no te vas ya y me dejas un rato tranquila?

—Eso voy a hacer. Dejarte tranquila.

—Qué misterioso...

—No te preocupes... ¿Tienes carnet para conducir el trenecito? ¿De qué ibais a vivir? Sólo me voy al pueblo.

Llevó unos pastelillos a la abuela y se puso a pintar aprovechando que los suegros estaban tres horas paseando para controlar el azúcar. Le cundió mucho el tiempo. No estaba mal el esbozo de la mañana. Tampoco estaba bien, pero desde luego no iba mal del todo. Había algo bueno en esa casa y en esa anciana llena de arrugas que le tranquilizaban el pensamiento y le predisponían a amar y dejar amar y le reconciliaban con Dios y la humildad. Por la tarde volvió como nuevo al trenecito con ganas de hacerlo lo mejor posible, y entonces sucedió lo que tenía que suceder.

¿Es verdad que por desgracia lo que deseamos con muchas ganas en la juventud se

termina cumpliendo de mayores, cuando ya no lo deseamos y no es ya para nosotros más que un lastre? Entonces aparecieron al final de la cola dos francesas con un pelo precioso que dejaba pasar la luz de octubre como si estuvieran ya en un pajar en la Provenza. Subieron al trenecito y se sentaron al fondo. Al salir le dieron las gracias antes de poner un pie en el suelo y le pidieron que les recomendara un buen restaurante. Una hablaba muy bien español, la otra no necesitaba decir nada. Ambas llevaban pantalón vaquero corto ajustado y blusas vaporosas de lino, una blanca y otra fucsia con transparencias erectas. Les habló de un restaurante, y ella le dijo que por qué no iba a cenar con ellas.

Caminaban ahora hacia arriba, con un culo y unas piernas estupendas. Tenían unos ojos limpios y abiertos que a lo mejor después recordaría alguna vez. Si hubieran sido de allí y coincidieran de vez en cuando, por ejemplo en el trabajo o en una cafetería, no le habría importado tontear un poco, rozarse sin querer las manos o el pecho con el codo y después disculparse, algo que no requiriera mucho esfuerzo. Las grandes hazañas empezaban a cansarle. En realidad los reyes y los papas no habían dormido en aquellos enormes y recargados aposentos, sino que, cuando caía la noche, se retiraban a una pequeña alcoba apartada en un rincón del palacio. Pero después de haberse cansado de las cosas grandes, todavía quedaba amar de verdad las cosas pequeñas, y eso, a su vez, requería un enorme esfuerzo que le causaba, a menudo, un enorme cansancio.